«LAS ESTRELLAS SON NEGRAS»: DIATRIBA DE LA CONDICIÓN SOCIOECONÓMICA DE LOS AFRO-COLOMBIANOS[1]

MATHURIN ONGONE
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS IBÉRICOS Y LATINO-AMERICANOS
UNIVERSITÉ OMAR BONGO, LIBREVILLE

INTRODUCCIÓN

El siglo XX ha marcado la vida política, social, económica y cultural de Colombia y del conjunto de países hispanoamericanos. En el dominio literario, se ha asistido a una verdadera concienciación y compromiso por parte de los intelectuales negros: el Negro, desde ese momento, ha aparecido en la literatura no sólo como protagonista principal sino también como autor.

Es hacia el fin de los años cuarenta, con el nacimiento del movimiento llamado «afro-criollismo», que se puede empezar a percibir con claridad el trabajo de los intelectuales negros, que en sus discursos evocan la angustia, la desigualdad social, la injusticia, el racismo, la discriminación racial, el desconocimiento y el olvido del litoral[2] así como de la población negra que lo habita.

Esta apropiación de la propia realidad por parte de la elite intelectual negra es subrayada por la búsqueda común de dos antropólogos colombianos, Nina Susana de Friedemann y Jaime Arrocha Rodríguez, que afirman:

> Es a finales del decenio de 1940 cuando en las ciencias sociales ocurre el hecho que antes se había dado en la literatura, el campo de estudio de lo negro empieza a ser transitado por científicos negros.[3]

---

[1] Artículo traducido del francés por **Berta Rubio Faus**.

[2] El olvido del litoral colombiano por parte del centro. N. del T.

[3] FRIEDEMANN, Nina Susana & ARROCHA, Jaime (1986). *De sol a sol : Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*, Bogotá, Planeta Colombiana, p.46

Es en este marco de reivindicación racial y de protesta en favor de los Negros que aparece el libro de Arnoldo Palacios, *las Estrellas son negras* (1940), «*donde la penuria del Chocó se muestra descarnadamente…tal como si el alma grande de los negros les propinara una bofetada de dignidad a las clases dominantes*»[4].

TOMA DE CONCIENCIA IDENTITARIA

En efecto, como otros intelectuales[5], Arnoldo Palacios se conciencia muy pronto de la miseria, la exclusión y el desconocimiento del Chocó[6], región de la que es originario. En el prólogo de la obra *Las Estrellas son negras*, Restrepo Millán afirma: "*Se sabe que Palacios, antes de dar la última mano a su obra viajó al Chocó a verificar sobre el terreno sus datos descriptivos*"[7].

El autor Arnoldo Palacios, nacido en el Departamento del Chocó (1924), va más lejos que Jorge Artel (Costa Atlantica) y Helcías Martán Góngora (Costa Pacifica), dos poetas negristas colombianos, para atestiguar la dificultad de ser negro y pobre en Colombia. Asimismo, se ve terriblemente impactado por la situación miserable y dramática en la que se encuentran sus hermanos de sangre. Es pues, a partir de esta

---

[4] *Ibidem*, p. 44.

[5] Pensamos, aquí, en Manuel Zapata Olivella, quien –como su hermana Delia- desde su tierna infancia tomó conciencia de su pertenencia racial: «*Tenía apenas diez años y Delia empezaba a andar. Pero ambos, así como nuestra familia, estábamos marcados por el signo de la negritud, por el color de nuestra piel y las ideas libertarias de nuestro padre*»: ZAPATA OLIVELLA, Manuel (1987), *Lève-toi, mulâtre! L'esprit parlera à travers ma race*, Paris, Payot, p.302.

[6] El departamento del Chocó es uno de los cuatro departamentos (Valle, Cauca y Nariño) de la costa pacífica de Colombia. Su población es negra. A propósito de la exclusión, el rechazo y la ignorancia de la costa por parte del centro, es decir, de Bogotá, se puede leer, p.e.: PALACIOS, Arnoldo , «Chocó, país , exótico» (16-VIII-1947), in *Sábado* , Bogotá, nº 214, 2ª sección, p.1 ; GARCIA MARQUEZ, Gabriel (1982), «El Chocó que Colombia desconoce», in *Obra periodística*, vol 2: *Entre Cachacos_I*, Barcelona, Bruguera, p.295-323

[7] RESTREPO MILLÁN. J.M. (1971), «Prólógo», in *Las Estrellas son negras*, Bogotá, Revista Colombiana, p.13.

constatación alarmante, que Palacios quiere, a través de su libro, denunciar sin complacencia la miseria de los negros del Chocó. Esta situación resulta de la injusticia y de las barreras «nacionales» erigidas por la oligarquía. Imbuido de un sentimiento revolucionario, Palacios adoptará, a lo largo de su libro, un tono extremadamente violento, un discurso subversivo, que denuncia el drama con virulencia.

Es conveniente recordar que Palacios apoya la ideología comunista[8] y que, de muy joven, formaba parte –igual que Carlos Arturo Truque[9] y Manuel Zapata Olivella- de los movimientos revolucionarios a favor de su región ignorada y olvidada del Estado colombiano. Y aquí, en la obra, llega hasta el problema regional de los negros del Chocó señalando los problemas de fondo: la miseria, el hambre, el paro, la pobreza y el olvido del Departamento del Chocó por parte del interior. Así, se enfrenta a la clase dirigente y a su política de exclusión de su población negra: «uno de los problemas más fundamentales con que cuenta el Chocó es el tremendo desconocimiento que se tiene de él, no solamente por parte de los demás colombianos, sino del Estado.»[10]

Quibdó, capital departamental del Chocó y sus alrededores, poblados mayoritariamente por ex-esclavos negros, desplazados después de la abolición de la esclavitud, son los lugares donde se desarrolla la acción del libro.

---

[8] Además de en *Lève-toi mulâtre!* , esta actitud se encuentra, también, en una de sus otras novelas: *Chambacú*, *corral de negros*.

[9] Carlos Arturo Truque nace en Condoto, en el mismo Departamento del Chocó que Palacios. Periodista y escritor comprometido, se distingue, sobre todo, en el género de la novela corta. Aparece en un momento de crisis en que, en literatura, los intelectuales negros toman la pluma para describir una cierta realidad. La mayoría lo hacen animados por una voluntad de sátira política a veces virulenta. Denuncian las discriminaciones raciales, la miseria, la injusticia social, la muerte de la cultura negra, el desespero y la exclusión que sufren los Negros del Litoral Pacífico, tema esencial de sus relatos. Vid. *La noche de San Silvestre*, *Lo triste de vivir así*, *Sonatina para dos tambores*, etc.

[10] PALACIOS, Arnoldo, «Chocó país exótico», op. cit. Más tarde, en 1954, será el turno de García Márquez de darse cuenta del abandono y del desconocimiento de este Departamento por parte de la clase dirigente: «El Chocó que Colombia desconoce». op. cit.

LA MISERIA HUMANA Y SUS COROLARIOS

Las Estrellas son negras, libro que hubiese podido titularse «*vida corta de un infeliz negro*», según Ramón Vinyes[11], cuenta la dolorosa experiencia y la serie de miserias de Irra, joven adolescente negro del Chocó, y el drama de todos los otros Negros de la misma región costera del Pacífico colombiano.

Esta novela de introspección psicológica está inspirada por el Hambre, la Rabia (o Cólera) y la Miseria.

Los cuatro capítulos o «libros» (según la denominación del autor) que componen la novela corresponden a los distintos momentos de la vida del protagonista, Irra, un habitante de las orillas del río Atrato.

Los sucesos se encadenan y se cuentan de forma detallada. «El hambre» constituye el primer capítulo (libro primero). Se trata del hambre real, el hambre estomacal, fisiológico, que golpea a Irra y a su familia. Los primeros síntomas aparecen durante la travesía del río Atrato a bordo de una piragua: «*Irra empezó a sentir una desazón en el estómago. Hambre ¿Cómo era posible tanto tiempo sin comer?*» (p.31). Un hambre que hace daño y que ocupa todos los pensamientos y sentimientos del protagonista: «*Le dolía fuerte el estómago… El hambre… Cierto … No había comido… Ni su mamá ni sus hermanas tampoco habían pasado bocado, como no fuera esa saliva amarga, pastosa, que él se estaba tragando ahora trabajosamente... Tuvo entonces la noción clara de que en todo el día solamente había tragado un pocillo de café negro... ¿Y ayer? ¿Qué había comido ayer ? Nada. Exactamente, había almorzado cada cual un pedazo de plátano asado, sin tomarse una gota de agua de panela. ¿Dónde estaba Dios? ¿Por qué no se compadecía de ellos, y les dejaba algo a la entrada de la puerta? ¿Por qué no venía Dios una mañana, o una noche, y les dejaba una poco de arroz y plátano, o unos dos pesos siquiera en la cocina?*» (p. 32-33).

Es justamente esta hambre, con su corolario sintomático, lo que constituye el tema principal del libro.

Palacios nos describe el hambre que sienten todos sus personajes: todos tiene hambre, les falta de todo, ni que sea sólo pan: «*Pan para su madre, pan para sus hermanas. Pan para Jesús* [su hermano pequeño]. *Pan para*

[11] VINYES, Ramón (1982), «Una novela colombiana», in *Selección de textos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982, p.503.

él… Pan para todas las gentes» (p. 158). Esta situación le lleva al vagabundeo y a decidir dejar el Chocó miserable para intentar la aventura fuera, para poder ayudar a su madre y hermanos que mueren de hambre.

Esta miseria se pone de manifiesto tanto a nivel fisiológico –están esqueléticos, débiles a causa del hambre y presentan un estado físico casi patológico- como en su entorno, su casa, donde no hay nada para comer. A ello se añaden el deterioro de la estancia, la oscuridad, la insalubridad, la podredumbre, el mobiliario extremadamente pobre, la ropa de cama carcomida por las ratas que han encontrado refugio en ella…

Para Palacios, los responsables de esta situación son los ricos: «*Los sirios y antioqueños eran propietarios de grandes almacenes… Los blancos estaban empleados en el gobierno. Esos vestían bien y fumaban cigarrillos finos. Pero los negros nada...¡ Maldita nada!*» (p. 44).

Los síntomas de esta miseria no sólo afectan a los humanos. Hasta los animales, como el perro, padecen hambre: «*Perro desnutrido como la gente de allí… Hombre o perro era lo mismo, a diferencia de que el perro no tenía conciencia de lo perro que era ; y en cambio el hombre padecía la tremenda certeza de ser menos que perro*» (p. 47).

El pueblo, visto en conjunto, presenta una imagen desoladora y miserable: ausencia total de condiciones higiénicas, olores nauseabundos… aspectos que hacen pensar en la condición socioeconómica miserable descrita en *Chambacú*, ese «*corral de negros*» descrito con la misma nota de tristeza y de indignación por Manuel Zapata Olivella y que Gabriel García Márquez propuso «humanizar»[12].

Irra deberá jugarse el todo por el todo, ya que es la única esperanza de enderezamiento para la familia: «*Pues si habían de morir de hambre, ¿por qué no jugarse el todo por el todo?*» (p. 88). Después de haber dudado, por vergüenza, en mendigar como su madre le había pedido, Irra crece y toma mayor conciencia de la indigencia de su familia y de sus hermanos de sangre. Irra roza la locura al darse cuenta de la situación miserable que ya no puede tolerar y respondiendo a su madre afirma: «Ser pobre es la infamia… Prefiero la lepra, la tisis…Pero no la pobreza, mamá…» (p. 167).

Se lanzará a la calle en busca de comida mediante su fuerza física. Es el principio de la odisea infernal que le conducirá a hacer varios pequeños

[12] GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1982), «El más humano de los barrios», in *Entre cachacos,* Barcelona, Bruguera, 2º vol., p..986.

empleos con mayor o menor éxito. Se embarca a bordo de una piragua al servicio de un viejo pescador que no le da nada de comer y le ve torcerse de hambre sin preocuparse de su desdicha; intentará, seguidamente, acercarse a los ricos con la esperanza de recibir algo a cambio y de hacer vivir a su familia; e irá a un joyero, que tampoco le dará nada y no tendrá en cuenta ni su presencia. Empleado, por poco tiempo, en casa de un rico sirio llamado Don José, será duramente explotado para no recibir más que una ridícula suma como salario.

Todos estos sufrimientos crearán en él un sentimiento de rebelión que se traducirá por el uso de astucias para robar su alimento. De hecho, no lo hace nada mal robando arroz y judías en la tienda de Pastor, un mulato convertido en «blanco» después de haber negado sus orígenes y a causa de la posesión de bienes y de su ascenso social[13].

La actitud de Irra enfrente a sus distintos «amos» y todas sus adversidades, su vida misma, hacen resurgir el aspecto picaresco de la obra de Palacios. Ello nos recuerda un poco la vida llevada por el joven Lázaro al servicio de sus distintos amos en *EL lazarillo de Tormes.*

El hambre que abate a Irra- así como al resto de personajes- no es puntual. Después de distintas etapas ha llegado al paroxismo; es insoportable, provoca en Irra fuertes dolores y tensiones nerviosas que paga con inocentes como sus padres y, particularmente, su hermana pequeña Elena, a quien llegará a dar una patada.

Las secuelas del hambre se observan también en su madre quien, presa por la rabia y los nervios, rompe la lámpara de queroseno y los cristales hasta llegar a incendiar la cocina. Irra se da cuenta de que todas estas dificultades, hasta para encontrar un mísero trabajo, están intrínsecamente ligadas al hecho de ser Negro. Y es que todo es para los blancos y nada, realmente nada, para los Negros: «Ya había perdido la esperanza de que le diera un empleo de portero porque él era negro y casi todos los puestos se le daban a los blancos, o a los negros que lamían los zapatos al Intendente» (p. 51).

Para Irra ya no quedan alternativas, hay que pasar a la acción. Su primer objetivo será el Intendente, primera autoridad administrativa de Quidó.

El autor nos muestra, paso a paso, la determinación de su protagonista para acabar con el Intendente. El gobierno que éste representa es puesto

[13] Es todo el complejo de inferioridad y la vergüenza de uno mismo que Fantz Fanon denuncia en *Peau noire, masques blancs.*

en duda y considerado el principal responsable de la miseria de los Negros que no tienen más que falsas promesas como única esperanza: «*El gobierno no hacía nada por remediar la suerte de los pobres. Habían vivido de promesas toda la vida. En realidad, el gobierno nada hacía por los pobres. Y lo conveniente era matar al Intendente*» (p. 52).

Después del Intendente, Irra piensa en incendiar las casas de la aristocracia. La voluntad de matar aumenta en él y lo prepara para el «asalto final».

Aunque, en el fondo, Irra reconoce que «no sólo de pan vive el hombre», ya no puede seguir aceptando esta situación miserable, la vergüenza y la humillación que sufren él y sus hermanos de sangre.

Terriblemente asediado por el hambre que los amenaza –y amenaza a los otros Negros que ha visto tendidos en medio de las calles, cadáveres en descomposición, mendigos esqueléticos vestidos con harapos- su cólera se intensifica: «*A los gobernantes de la nación no les importaba un bledo la tragedia del pueblo. Ellos tenían el dinero y el poder. Pero nada realizaban en bien. ¿Hasta cuándo debería soportar aquello?*» (p. 82).

La «Ira», que constituye el segundo capítulo de la novela, se podría comparar con el nombre del protagonista, su rabia ante la miseria que lo atormenta a él y a toda su familia así como al resto de Negros de la región. Es por ello que decide matar: «¡Matar! ¡Matar! ¡Matar!» se convierte en el *leitmotiv* u obsesión que quema su corazón. Piensa, así, poder vengar esta vida hambrienta ya que «*habían vivido de promesas toda la vida. En realidad, el gobierno nada hacía por los pobres*» (p. 44).

Sus hermanos de raza tienen la desgracia de ser pobres y, encima, Negros, en un mundo que pertenece a los ricos y a los blancos. Es por ello que planea incendiar las casas de la aristocracia, sentimiento que se irá intensificando: El anatema es lanzado, una vez más, contra el gobierno, contra su política socioeconómica que condena a la miseria a la humanidad negra del Chocó: «El mal gobierno era culpable de la miseria… El gobierno era malo. Gobierno en manos de los ricos que no sabían cómo era aguantar hambre, no ponerse vestido, caminar descalzos o con zapatos, vivir dentro de un rancho podrido» (p. 95-96).

Irra asume finalmente que el hombre nace bajo el signo de una estrella y que algunos nacen bajo una buena estrella mientras que otros, como él, nacen bajo una mala estrella, una estrella que lleva desgracia y malos presagios: «*Algunos nacemos para sufrir sin tregua… otros para la*

alegría… son estrellas diferentes… las de ellos [los blancos, ricos] *titilan eternamente, y tienen el precio del diamante. Y la mía… es una estrella negra… ¡Negra como mi casa!*» (p. 98).

Esta reflexión personal muestra la importancia de las estrellas que, en la cosmogonía del mundo negro, determinan a menudo el destino de los hombres o, como mínimo, un impacto determinante sobre sus vidas. Irra no hará más que confirmarlo así como el triste presagio que da título a la novela misma.

El color negro connota, la mayoría de veces, una significación lúgubre, triste y hasta negativo; es el color del duelo, de la muerte. Siervo Custodio Mora Monroy, que ha estudiado el empleo y el sentido de algunos colores en el español de Colombia, lo muestra muy bien: según él, entre los sentidos a los que refiere el color negro tenemos «lo negativo», «lo malo», «lo fatal», «la infelicidad», «el sufrimiento», «vida negra», «toda manifestación de infortunio y mala suerte», «suerte negra», etc. Destaquemos que estos distintos significados, todos negativos, pueden considerarse el signo de una «mala estrella»[14].

El crimen que Irra prepara contra el Intendente se quedará en un estado utópico. De hecho, bloqueado entre lo real y lo imaginario, éste se ve enfrentado a su conciencia que le impide hacerlo recordándole uno de los diez mandamientos: ¡No matarás !. A partir de esta reflexión todo tambaleará y aparecerá el miedo a la acción, a pesar de la buena preparación del golpe planeado. Esta preparación no será nunca seguida por la ejecución, ya que cada vez que se decida a hacer algo, su conciencia le frenará. Incapaz de entender lo que le está pasando, desamparado, un viaje a Cartagena le inspira un cambio de idea, pero allí la vida tampoco es de color de rosa y tampoco conseguirá encontrar un empleo.

La visita a casa de Nive -que nos lleva al libro tercero- y la experiencia sexual que tiene con esta joven mulata virgen sólo le procura un placer insignificante y efímero. La euforia se convierte rápidamente en una situación disfórica: Irra empieza a odiar a Nive que se convierte, finalmente en «su enemiga implacable» (p. 151). Consciente de que esta

[14] MORA MONROY, Siervo Custodio, (mayo-agosto de 1983, «Algunos usos de los términos del color en el español de Colombia», in: *Thesaurus*, Bogotá, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Tomo XLIV, n º2, p. 441-445.

relación no aporta ninguna mejora a su miseria («*odiaba a Nive… muchacha corrompida, seductora*»), Irra termina abandonándola.

A partir de este momento, Palacios nos presenta dos situaciones similares en un cierto sentido: la miseria de Irra y el deshonor de Nive. Dicho de otro modo, «la caída de él y la caída de ella». La única solución que le queda a Nive es la de abandonar Cartagena, etapa que marcará un nuevo fracaso en su vida totalmente deshecha. Todo lo que ella emprende no tiene sentido alguno, «*perra suerte*», como dice Palacios.

Sin embargo, a pesar de los sufrimientos de todo tipo que vive el protagonista, Palacios nos muestra que, en el fondo, Irra conserva una brizna de optimismo en su «Luz interior», título del libro cuatro.

En su fuero interno, Irra parece no haber perdido la esperanza; continúa pensando para sí mismo en la llegada de días mejores.

Es con estas fantasías del protagonista que termina la novela. Sus personajes no escapan de la miseria que aparece como un destino implacable, pero que, de hecho, es el resultado de una situación socioeconómica desigual y de la instauración de una estructura política «nacional».

LA OBRA FRENTE A LA CRÍTICA

La publicación de *las Estrellas son negras* no provocó reacciones unánimes entre la elite intelectual colombiana. La novela de Palacios suscitó vivas controversias, tomas de posición ideológicas divergentes.

Los debates sobre la novela se centraban, para algunos intelectuales, en la forma y calidad literarias y, para otros, en el fondo, en el discurso, en el mensaje que quiso transmitir el autor.

Entre aquéllos encontramos a Gabriel García Márquez quien, apoyándose en la «base esencial del saber escribir», no aprecia la calidad literaria de *Las Estrellas son negras*. El escritor colombiano reprocha a la novela «*su gustado molinillo de resentimiento racial, su mediocridad técnica, la insignificancia humana de su protagonista…*»[15].

[15] GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1982), «Por tratarse de Hernando Téllez», in *Obra periodística*, *Textos Costeños*, Barcelona, Bruguera, vol 1, p.148.

Recordemos que García Márquez criticó, asimismo, a Hernando Téllez, reprochándole haber afirmado, sin análisis crítico previo, que «*Las Estrellas son negras* es el mejor libro en prosa publicado en Colombia durante el año que acaba de finalizar».[16]

En la misma línea que García Márquez, Ramón Vinyes no aprecia del todo la obra de Palacios. Emitió sus reservas en cuanto a su calidad literaria y aportó algunas restricciones: «*Pero hay que suponer que no todos los adolescentes del Chocó tienen los acumulados percances de Irra, por encima de todo, su intolerable pasividad. En tal caso, la novela de Irra y su "negra estrella" no pasan de ser la triste biografía de una individualidad, la existencia de un muchacho sin importancia*»[17], concluyendo: «*lo que "caso conjunto" convierte en épico, en "caso individual", es cosa sin trascendencia, y una novela de horrores por el horror mismo, como la de Irra, adquiere una puerilidad de argumento que la balancea más hacia lo cómico que hacia lo trágico, a pesar de las tinieblas que en ella se acumulan*»[18].

Sin embargo, el punto de vista de Eduardo Zalamea Borda es del todo opuesto a los dos precedentes. Sin afirmaciones inconscientes o dogmáticas (es reconocida la exigencia en la crítica literaria de Eduardo Zalamea Borda), juzgó que *Las Estrellas son negras* es una novela interesante: «*La lectura de la primera novela de Arnoldo Palacios, "Las Estrellas son negras", es una interesante pero dolorosa experiencia… No creo que "Las Estrellas son negras" sea una obra impecable. Podrían señalarse errores de diverso orden, pero no hay duda de que sus cualidades son superiores a sus defectos. La crudeza del lenguaje, la franqueza en la descripción de actos que hemos convenido en excluir de la literatura, no solamente son disculpables en una obra de este género, sino que en ella constituyen elementos inseparables de su esencia*»[19].

En cuanto a la apreciación de José María Restrepo Millán : «*lo mejor de este libro, como hecho artístico, es que ese cúmulo de dolor, y toda esa lucha, y sus personajes, y su escenario y su ambiente, son reflejo directo del natural; son la expresión inmediata del dolor y la lucha y las gentes y el paisaje y el ambiente del Chocó, sin el más leve soplo del*

---

[16] *Ibidem*.

[17] VINYES, Ramón ,op. cit., p.504.

[18] *Ibidem*.

[19] ZALAMEA BORDA, Eduardo (2-VII-1949), in *El Espectador*, Bogotá, p. 4.

intelectualismo, que ha sabido desvirtuar muchas tentativas de novela acometidas en Colombia»[20].

Y en el mismo orden de ideas, Vicente Pérez Silva concluye a propósito de Palacios: «Arnoldo Palacios ha creado una novela de la más honda raigambre social. Una novela que, desde su comienzo hasta el final, está nutrida por las cotidianas desventuras que asedian a las gentes humildes de toda su comarca, el departamento del Chocó. Una novela por cuya trama se van entrelazando los problemas más agudos que torturan al hombre que se desenvuelve o, mejor dicho, que se consume en medio de la maraña de una selva inhóspita: el hambre, la desnudez, la enfermedad, la desolación, el desamparo… En fin, Arnoldo Palacios, novelista que se compenetra integralmente con las dolencias y calamidades de sus coterráneos, nos ofrece una obra de extraordinario valor intelectual, una obra que conmueve y alecciona en el fragor de las agitaciones que caracterizan el tiempo que vivimos»[21]. De hecho, lo que no ha sido apreciado es que, en la novela de Palacios, la ideología interviene demasiado en la ficción[22].

Por nuestra parte, el libro de Palacios no nos ha maravillado por su calidad literaria, demasiado descriptivo y sobre hechos y cosas sin importancia. Notamos, asimismo, el uso frecuente de expresiones tomadas del lenguaje popular, aspecto justificado por la categoría de los personajes que salen a escena, si bien el autor hubiese podido ligar la expresión con un lenguaje popular pero menos grosero.

---

[20] Citado por Vicente Pérez Silva, Vicente (1-IV-1972), «Las Estrellas son negras», in *Noticias culturales*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, nº 135, p. 20.

[21] *Ibidem*.

[22] Notemos, por ejemplo, que la característica común entre Palacios y Truque consiste en una cierta rigidez ideológica: ambos, comunistas, se encerraron en un tipo de literatura; su posición les impidió sumergirse en la dimensión mágica que llegaron a rozar. Ello se hace tanto más evidente si se piensa en la obra de Richard Wright, uno de los mejores representantes de la literatura negra de los EUA, cuyas obras fueron traducidas al español en los años 40, seguramente conocidas por Palacios, quien no supo sacarles provecho.

CONCLUSIÓN

El libro de Arnoldo Palacios, a través de sus personajes, presenta a los Negros del Chocó como seres miserables, hambrientos, desamparados que no tienen otra elección que librarse al sexo y al alcohol.

La miseria, siempre presente, marca el ritmo de su vida cotidiana. El autor quizás ha exagerado en su descripción de la miseria, pero podemos pensar que es la mejor forma de hacer tomar conciencia sobre un pueblo excluido en el seno de su propia nación. Encontramos, en todo caso, una voluntad, un combate a favor de los Negros, para quienes reivindica con fuerza justicia social y económica.

Palacios hace responsable de este drama al gobierno. La «cuestión nacional» sale aquí, de nuevo, a la luz: los Negros son dejados al margen de la «nación» colombiana.

De un modo general, el interés del libro reside menos en su calidad literaria que en la temática socio-política-económica propuesta: la vida miserable de los Negros del Chocó.

BIBLIOGRAFÍA

DE FRIEDMANN, Nina S. & ARROCHA, Jaime (1986), *De Sol a Sol: Génesis,transformación y presencia de los negros en Colombia,* Bogotá, Planeta Colombia Editorial.

FANON, Frantz (1979), *Les damnés de la terre*, París, Masquero.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1982), «Por tratarse de Hernando Téllez», in *Obra Periodística: Textos Costeños,* vol. 2, Barcelona, Bruguera.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1982), «El Chocó que Colombia desconoce», in *Obra Periodística: Entre Cachacos I,* vol. 2, Barcelona, Bruguera.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1982), « El más humano de los barrios», in *Obra Periodística: Entre Cachacos II,* vol. 2, Barcelona, Bruguera.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1982), «El Chocó irredento», in *Obra Periodística: Entre Cachacos II,* vol. 3, Barcelona, Bruguera.

MONTES GIRALDO, José Joaquín (septiembre-diciembre de 1967), «Insultos en la literatura Colombiana», in *Thesaurus,* Bogotá, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, n° 3.

MORA MONROY, Siervo Custodio (mayo-agosto de 1983), «Algunos usos de los términos del color en el español de Colombia», in *Thesaurus,* Bogotá, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XLIV, n° 2.

ONGONE, Mathurin (1991), *Les Noirs de la côte Pacifique dans le discours culturel et la littérature (Colombie, Equateur, Pérou) vers le milieu du XX*ième *siècle,*Toulouse, Institut Pluridisciplinaire Pour les Études sur l'Amérique Latine, Mémoire de D.E.A. d'Études Latino-américaines.

PALACIOS, Arnoldo, «Chocó, país exótico» (16-VIII-1947), in *Sábado,* Bogotá, n°214, 2ª Sección.

PALACIOS, Arnoldo (1971), *Las Estrellas son negras,* Bogotá, Revista Colombiana.

PÉREZ SILVA, Vicente (1-IV-1972), «Las Estrellas son negras», in *Noticías culturales*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, n° 135.

VINYES, Ramón (1982), «Una novela colombiana», in *Selección de textos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, tomo I.

ZALAMEA BORDA, Eduardo (2-VII-1949), «La ciudad y el mundo», in *El Espectador*, Bogotá.

ZAPATA OLIVELLIA, Manuel (1975), *Chambacú, Corral de negros*, Medellín, Bedout.

ZAPATA OLIVELLIA, Manuel (1987), *Lève-toi, mulâtre! L'esprit parlera à travers ma race*, París, Payot.